XXXVI

ENSAYO SOBRE LA LITERATURA DRAMÁTICA REVOLUCIONARIA

No hay remedio, esto se va y lo otro avanza á galope. ¿Cuándo se retira Amadeo? ¿Hoy? ¿Mañana? Y si el italiano no perdió de vista todavía la tierra española, ya es como si viviésemos en plena república; no estará proclamada, pero ¿qué más da? Todo el mundo cuenta con ella de un instante á otro.

Sólo bajo la monarquía de merengue que se va derritiendo y consumiendo al calor de la revolución podía ser representable el drama que anunciaban los carteles del coliseo marinedino: *Valencianos con honra*. Aunque Amparo no iba á parte alguna, tanto oyó hablar de lo intencionado y subversivo que era el drama famoso, y de cómo pintaba á los republicanos cual son y no cual los retrata el pincel reaccionario, que resolvió asistir. Instalóse con Ana en el paraíso, donde se amontonaba inmensa concurrencia, que les metía los piés por la cintura, los codos por las ingles; á duras penas lograron

las dos muchachas apoderarse de su sitio; al fin consiguieron embutirse de medio lado en delanteras, y allí se mantuvieron prensadas, comprimidas, sin poder ni enjugarse el sudor de la frente. El calor era espeso, asfixiante. Al alzarse el telón vino una bocanada de aire más respirable á aquel horno; poco duró, pero al menos dió ánimos para atender á las primeras escenas del drama.

El cual merecía bien que se sufriese la asfixia y otros géneros de tortura, á trueque de verlo representar. Desde la exposición tuvo conmovidos y suspensos á los espectadores. No podía ser de más actualidad el argumento, basado en los sucesos políticos de Valencia de 1869. Jugaba en el enredo un espía, un vil espía, perseguidor y delator de una familia republicana á macha martillo. Perdonado este pícaro en el primer acto por los magnánimos conspiradores á quienes vendió, claro está que no había de enmendarse, y que en los actos siguientes volvería á hacer de las suyas; no lo creyeron así los protagonistas del drama, pero en cambio la concurrencia de la cazuela lo presintió, y en medio del calor sofocante se oían voces ahogadas de emoción, exclamando: "¡Ay! ¿Para qué perdonarán á ese tunante?... ¡Ya verás cómo los ha de vender otra vez!... ¡Como yo le atrapase no le soltaba, no!„ Verdad es que si el bellaco del espía era tan malo que no tenía el diablo por donde cogerlo, en cambio los personajes republicanos ofrecían modelos de lealtad y dechados de virtudes. Cuando en el mismo

acto primero una esposa se abraza á su marido, que parte al combate, declarando con noble resolución que quiere seguirle y compartir los riesgos de la lid, Amparo sintió como un nudo, como una bola que se la formaba en la garganta, y haciendo un supremo esfuerzo, se agarró á la barandilla de la cazuela, y gritó: "¡Bien... muy bien!„ dos ó tres veces, luciendo su voz de contralto. Era aquel drama el mismo que ella había soñado en otro tiempo, cuando llegaron á Marineda los delegados de Cantabria, de cuyos riesgos y aventuras tanto deseó ser partícipe. La escena final del acto, donde todos los voluntarios republicanos, entre el fragor de la lid empeñada, doblan la rodilla al aparecer el Señor acompañado de las monjas de San Gregorio, aflojó suavemente los tirantes nervios de la concurrencia. Una especie de rocío refrigerante de honradez, dulzura y religiosidad se derramó sobre el público; las gentes experimentaban impulsos de abrazarse, de rezar y de charlar. ¡Después dirán que los obscurantistas se levantan por la religión! ¡Sí, sí! ¡Por cobrar las contribuciones y destruir *ferroscarriles!* ¡Que vengan á oir esto! ¿Quién duda que los mejores cristianos son los federales?

Pasóse el entreacto en vivos comentarios acerca del drama, que causaba favorabilísima impresión. Personas grandes se limpiaban los ojos con el dorso de la mano haciendo tiernos momos de llanto. ¡Cuidado que se necesitaba talento y sabiduría para escribir piezas así! Sólo era irritante lo de dejar al espía con vida,

porque de fijo, en el acto próximo, iba á salir con alguna barrabasada gorda. De tal suerte imperaba el entusiasmo, que nadie se ocupaba en mirar á la gente de abajo, á pesar de hallarse de bote en bote el coliseo; y como tardase en subir el telón, hubo pateos y aplausos impacientes y furiosos. Al fin dió princio el ansiado acto segundo.

Graduaba el autor hábilmente los efectos dramáticos, manejando con destreza los resortes del terror y la piedad. Ahora presentaba un mancebito que volvía de la lucha callejera á su casa, herido mortalmente, y consternando á su familia del modo que cualquiera puede figurarse. La actriz encargada de este interesante papel se había puesto sobre su cabello natural una peluca de ricitos cortos que la hacía semejante á un perro de aguas; circundaban sus ojos románticas ojeras marcadas al difumino; espesa capa de polvos de arroz imitaba la palidez de la agonía; llevaba americana muy floja para disimular la amplitud de las caderas, y entró tambaleándose y dando traspiés, con la mano apoyada en la región del pecho donde se suponía estar la herida. Por el paraíso circuló un rumor misterioso y profundo, el rugido opaco de la emoción que se comprime y refrena para mejor estallar después. Comenzó la escena de la despedida del moribundo y su familia. Cuando el padre, comandante de los voluntarios republicanos, dijo adiós al hijo confiándole la bandera, en unos versos que terminan así:

«Lleva la palma en la mano
Mientras la patria en ofrenda
Te da este sudario en prenda...

y corriendo hacia la concha del apuntador y mudando la voz llorona en un vocejón estentóreo, gritó cerrando los puños:

¡Viva el pueblo soberano!»

los llantos histéricos de las mujeres fueron cubiertos, devorados por el clamor que se alzó compacto y fortísimo, repitiendo frenéticamente el ¡viva! á la vez que un huracán de palmadas asordó el coliseo. Contagiados, electrizados por la exaltación del público, los actores se esmeraban, bordaban su papel, y, fuera de sí, se abrazaban realmente, y se daban verdaderas puñadas en el tórax. Amparo, con medio cuerpo fuera de la barandilla, palmoteaba á más y mejor.

Durante el segundo entreacto, las gentes prensadas en la cazuela se encontraron unas miajas más anchas y cómodas, sea porque su volumen se había ido acomodando al espacio disponible, ó porque algunas, indispuestas con tan alta temperatura, mal de su grado tuvieron que retirarse. Ana logró, pues, revolverse y escudriñar con sus perspicaces ojos de gato los ámbitos del teatro todo. Dió un expresivo codazo á la Tribuna, que miró hacia donde señalaba su amiga, y divisó á las de García en un palco platea.

Fijóse especialmente en Josefina, que estaba elegante y sencilla, con traje de alpaca blanca adornado de terciopelo negro. A toda su familia, desde la madre hasta Nisita, les rebosaba el contento visiblemente; pero Josefina, en particular, no parece sino que se había esponjado con las buenas nuevas del pleito. La proximidad de la fortuna animaba, como un reflejo dorado, su tez, y hacía saltar de sus ojos chispas áureas. Recostada en la silla, gozaba beatíficamente del triunfo, exponiendo á la admiración del público de las *lunetas* el cuerpecillo ajustado, púdico, la línea fugitiva que se elevaba desde la cintura al hombro, el gracioso manejo de abanico, el movimento delicado con que subía los gemelos á la altura de las cejas. No acertaba Amparo á apartar los ojos de su vencedora rival, y á duras penas la distrajo de aquella contemplación acerba el principio del tercer acto.

Salía en éste un oficial del ejército que, agradecido á la hospitalidad que le habían otorgado en la casa republicana, salvaba á su vez á los dueños de ella; patético rasgo, corona de todos los excelentes sentimientos que abundaban en el drama. Cuando más moqueaba la gente y se oían más gipíos y sollozos, Amparo sintió que su mirada, atraída por irresistible imán, se clavaba otra vez en el palco de García. Abrióse la puerta y entró Baltasar, ceñido el fino talle por un uniforme intachable; y después de saludar cortésmente á la madre y á las niñas, se sentó al lado de la mayor, arreglándose el pelo con la enguantada mano, y estirando levemente, con notable desembarazo, la tirilla. Dirigió á Josefina en voz baja dos ó tres palabras que, según el movimiento con que las acompañó, debían de ser: "¿Qué tal esto?„ Y la de García alzó los hombros de un modo imperceptible, que claramente significaba: "Psh... Un dramón muy populachero y muy cursi.„ Definida así la función, Baltasar tomó familiarmente el abanico de la joven, y mientras lo cerraba y abría y le daba vueltas como para informarse bien del paisaje, se entabló una de esas conversaciones íntimas, salpicadas de coqueterías, de reticencias, de miradas intensas y cortas, de ahogadas risas, diálogos en que reina dulce abandono, que no serían posibles mano á mano y en la soledad, y nunca se desarollan mejor que entre el tumulto de un sitio público, ante miles de testigos, en el desierto de las multitudes.

—Pero no ves, mujer... ¡qué poca vergüenza! —exclamaba Ana señalando al grupo, del cual no se apartaban las pupilas de Amparo.— Después del... del aviso, ¿no sabes? —añadió al oído.

La Tribuna no contestó. Ana ignoraba la destrucción del anónimo. Amparo, avergonzándose de su noble impulso, no quería confesarlo, temerosa de que la Comadreja la tratase de *babiona* y de *pápara*, y aun de que repitiese la carta por cuenta propia. Ahora... ahora, clavando la uñas en la franela roja del barandal, sentía que el corazón se le inundaba de

hiel y veneno: nada, estaba visto que era tonta; ¿por qué no echó la carta en el correo? Pero no; esa miserable y artera venganza no la satisfacía; cara á cara, sin miedo ni engaño, con la misma generosidad de los personajes del drama, debía ella pedir cuenta de sus agravios. Y mientras se la hinchaba el pecho, hirviendo en colérica indignación, el grupo de abajo era cada vez más íntimo, y Baltasar y Josefina conversaban con mayor confianza, aprovechándose de que el público, impresionado por la muerte del espía infame que, al fin, hallaba condigno castigo á sus fechorías, no curaba de lo que pudiese suceder por los palcos. De Josefina, que tenía la cabeza vuelta, sólo se alcanzaban á ver los bucles del artístico peinado, la mancha roja de una camelia prendida entre la oreja y el arranque del blanco cuello, y la bola de coral del pendiente, que oscilaba á cada movimiento de su dueña.

Bien quisiera la Tribuna salir, librarse de la sensación lancinante que le producía tal vista; pero la gente que la rodeaba por todas partes, como las sardinas á las sardinas en la banasta, no la consentía moverse mientras el telón no se bajase. Un poco antes de terminarse el drama, vió á las de García que se levantaban, y á Baltasar que las ponía los abrigos á todas con suma deferencia, empezando por la madre; después se cerró la puerta del palco, y quedóse Amparo con las pupilas fijas maquinalmente en aquel espacio vacío. Aún tardó algunos minutos en comenzar el desagüe

de la cazuela, y el estrepitoso descenso por las escaleras abajo. Cogiéronse Amparo y Ana de bracero, y empujadas por todos lados arribaron al vestíbulo y de allí salieron á la calle, donde el frío cortante de la noche liquidó al punto el sudor en que estaban empapadas sus frentes. Sintió la Comadreja que el brazo de Amparo temblaba, y la miró, y le halló desencajada la faz.

—Tú no estás bien, chica... ¿qué tienes? ¿Te da algo por la cabeza?

—Suéltame—contestó con voz opaca la Tribuna. — Adonde voy no me hace falta compañía.

—¡María Santísima! ¿á dónde vas, mujer? ¿qué es esto?

—¡Que á dónde voy! Pues á apedrearles la casa, para que lo sepas.

Y recogió el mantón, como para quedarse con los brazos libres.

—Tú loqueas... Anda á dormir.

—O me dejas, ó me tiro al mar—respondió con tal acento de desesperación la muchacha, que Ana la soltó y echó á andar á su lado, midiendo el paso por el de la terrible y colérica Tribuna.

—Te digo que se la apedreo, mujer; tan cierto como que ahora es de noche y nos ve Dios. ¡Repelo! ¡No hay sino hacer irrisión de las gentes... de las infelices mujeres... de los pobres! ¿Pero tú has visto qué descaro, que descaro tan atroz? En mi cara... en mi cara misma... ¡Me valga san Dios, que esto no pasa entre los negros de allá de Guinea!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY

—Bueno... Y ahora, ¿qué se hace con perderse... con ir á la cárcel, mujer?

—Desahogarme, Ana... porque me ahogo, que toda la noche pensé que con un cordel me estaban apretando la nuez... ¡Romperles los vidrios, retepelo! ¡Armar un belén, avergonzarlos, canario! ¡Y que no me piquen las manos y que duerma yo á gusto hoy! ¡Que tengo las asaduras aquí (señaló á la garganta) y el corazón apretao, apretao!

—Pero, mujer .. mira, considera...

—No considero, no miro nada...

Este diálogo duró mientras cruzaron las dos amigas el páramo de Solares en dirección al barrio de Arriba, por donde suponía Amparo que iba Baltasar acompañando á las de García hasta su casa. El aire frío y el silencio de las calles del barrio templaron, no obstante, la sangre enardecida de la Tribuna. Parecióle entrar en algún claustro donde todo fuese quietud y melancolía. No hollaba un transeunte el pavimento, que resonaba con solemnidad; y cuando menos lo pensaban las dos expedicionarias, les cerró el paso una iglesia, la de Santa María Magdalena, alta, muda, con pórtico de ojiva, donde la luz de los faroles dibujaba los vagos contornos de dos santos de piedra que se miraban inmóviles. Involuntariamente la Tribuna bajó la voz, y al cruzar por delante del pórtico se santiguó, sin darse cuenta de lo que hacía, y reportó y contuvo el paso. Ana iba á aprovechar la coyuntura para hacer á la determinada Tribuna mil reflexiones, á tiempo que un oficial,

que volvía de la plaza de la Fruta, cruzó casi rozándose con ellas y sin verlas, cantando entre dientes no sé qué polca ó paso doble. Conoció Amparo á Baltasar y echó tras él como el lebrel tras la res que persigue. ¿Oyó Baltasar las pisadas de la Tribuna y pudo reconocerlas? ¿O era solamente que iba de prisa? Lo cierto es que se perdió de vista al revolver de la esquina, y por muy diligentes que anduvieron las que lo seguían, no lograron darle alcance.

—Voy á llamarle á la puerta—exclamó Amparo.

—Mujer, ¿estás loca?... ¡Una casa de la calle Mayor!—murmuró Ana con respetuoso miedo. —¿Tú sabes la que se armaría?

En horas semejantes la calle Mayor ofrecía imponente aspecto. Las altas casas, defendidas por la brillante coraza de sus galerías refulgentes, en cuyos vidrios centelleaba la luz de los faroles, estaban cerradas, silenciosas y serias. Algún lejano aldabonazo retumbaba allá... en lo más remoto, y sobre las losas el golpe del chuzo del sereno repercutía con majestad. Amparo se detuvo ante la casa de los Sobrados. Era ésta de tres pisos, con dos galerías blancas muy encristaladas, y puerta barnizada, en la cual se destacaba la mano de bronce del aldabón. Y entre el silencio y la calma nocturna se alzaba tan severa, tan penetrada de su importante papel comercial, tan cerrada á los extraños, tan protectora del sueño de sus respetables inquilinos, que la Tribuna sintió repentino

hervor en la sangre, y tembló nuevamente de estéril rabia, viendo que por más que se deshiciese allí, al pié del impasible edificio, no sería escuchada ni atendida. Accesos de furor sacudieron un instante sus miembros al hallarse impotente contra los muros blancos, que parecían mirarla con apacible indiferencia; y de pronto, bajándose, recogió un trozo de ladrillo que la casualidad la mostró, á la luz de un farol, caído en el suelo, y con airada mano trazó una cruz roja sobre la obscura puerta reluciente de barniz,—cruz roja que dió mucho que pensar los días siguientes á doña Dolores y al tío Isidoro, que recelaban un saqueo á mano armada.

XXXVII

LUCINA PLEBEYA

Vestíase Amparo, antes de salir á la Fábrica, reflexionando que diluviaba, que de noche se habían oído varios truenos, que se quedaría gustosa en casa, y aun entre cobertores, si no necesitase saber noticias, excitarse, oir voces anhelosas que decían: "Ahora sí que llegó la nuestra... Macarroni se va de esta vez... hay un parte de Madrí, que viene la república... mañana se proclama."

Al salir de su fementido lecho, la transición del calor al frío la hizo sentir en las entrañas dolorcillos como si las royese poquito á poco un ratón. Púsose pálida, y la ocurrió la terrible idea de que llegaba la hora. Volvióse al lecho, creyendo que allí se calentaría: cerró los ojos y no quiso pensar. Un deseo profundo de anonadamiento y de quietud se unía en ella á tal vergüenza y aflicción, que se tapó la cara con la sábana, prometiéndose no pedir socorro, no llamar á nadie. Mas como quiera que el tiempo pasaba y los dolorcillos no volvían, se resolvió